El Día de la Cruz en Granada
MARTÍNEZ GONZÁLEZ, Antonio y VIÑES MILLET, Cristina
Ayuntamiento de Granada, 2005, 267 páginas.

En vísperas de la pasada celebración del año 2005 del Día de la Cruz granadino viajaba yo en un autobús a través de España. En el trayecto subieron unas estudiantes salmantinas, y posteriormente otro estudiante esta vez extremeño. La conversación a que se entregaron tras conocerse no tuvo desperdicio como anecdotario para evaluar el estado del Día de la Cruz de Granada, hasta hace dos décadas una de la fiestas más populares de esta ciudad andaluza. Los jóvenes venían de aquellos lejanos lugares a pasar la fiesta en Granada donde consideraban se vivía uno de los mejores «botellones» de España, es decir para los legos en la materia, si es que queda alguno, una fiesta juvenil al aire libre, en medio de plazas y calles públicas, donde la ebriedad instantánea por la ingestión de licores de alta graduación alcohólica, el consumo de drogas y la música a todo volumen son las estrellas de la noche. Comentaban los jóvenes viajeros que en ningún lugar como en Granada se podía gozar de esta suerte de *hybris* colectiva. Recordé entonces, mientras ellos se pasaban información útil sobre esta orgía colectiva, que ha desatado la alarma pública hasta convertirse en una arma política arrojadiza, que en el año 1983 yo mismo había escrito un artículo sobre las cultura de la ebriedad entonces llamada «movida», que tuvo alguna repercusión dada la escasez de literatura sobre el particular[1]. El diagnóstico que entonces realicé y que extendí des-

1 GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. «Temas de la antropología urbana: los bares». *Gazeta de Antropología,* no. 2, 1983: 11-20.

pués a propósito del Día de la Cruz, se ajusta a lo que nuestros autores han constatado años después: la degradación de una fiesta popular hasta convertirse sólo en un informe festín con tintes apocalípticos, deparando sólo un tímido recordatorio de lo que debió ser en la sociedad preindustrial que la gestó.

Encuadrado el asunto en su rabiosa actualidad constatamos la idoneidad de *El Día de la Cruz* de Antonio Martínez y Cristina Viñes. El libro ha sido dado a la luz por el Ayuntamiento granadino en el año 2005 en una pulcra edición. Los profesores Martínez González y Viñes Millet son ampliamente conocidos en sus respectivas materias, la dialectología y la historia contemporánea, y a ellos son debidos importantes estudios sobre el léxico popular granadino y sobre la historia urbana de Granada en el XIX. Ambos han complementado desde sus respectivas materias los conocimientos necesarios para hacer un libro bien documentado e ilustrado, y sobre todo escrito con soltura, lo que permite acercar el asunto tratado al público medio. Es un texto además oportuno por dos razones que se complementan: en primer lugar, por la delicada situación de la fiesta popular que ha devenido por las razones antedichas una inmensa bacanal juvenil, que nos hace interrogarnos sobre su futuro incierto; en segundo lugar, porque es la aportación a su esclarecimiento de un lingüista y una historiadora comprometidos con la interpretación de lo local. Hace poco señalábamos precisamente a propósito de Granada la necesidad de llevar a cabo una esfuerzo interpretativo en el dominio específico del conocimiento local sobre bases reflexivas y críticas [2]. Nuestros autores, siguiendo la normatividad que rige en la vida académica, no han sido secuestrados por la *nostalgia* del todo tiempo pasado fue mejor, que encierra en una cárcel conceptual a muchos eruditos locales cuando se acercan a estos temas llamados «tradicionales» o más acertadamente »populares». En Andalucía parece más pertinente para definir los fenómenos de las culturas subalternas la categoría «popular», a la inversa de Castilla donde la noción de «tradición» tiene gran predicamento. Las diferencias idiosincráticas de estas regiones pesan en la terminología y concepciones de sus investigadores en materia etnográfica.

Sobre estas bases el libro posee una trama lógica que va de los tiempos históricos en que se inicia la fiesta hasta las celebraciones extraeuropeas de la misma, generalmente en diversos países de América. En el apartado histórico se nos hace ver la importante distinción entre la fiesta de la *Invención de la Cruz*, celebrada el tres de mayo y cuya ancestralidad se remonta al siglo IV, que viene a recordar el hallazgo por Santa Elena del *Lignum Crucis*, y la de la *Exaltación de la Cruz*, iniciada en el siglo VII que conmemora la restitu-

2 GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. *La ciudad vórtice. Lo local, lugar fuerte de la memoria en tiempos de errancia*. Barcelona, Anthropos, 2005.

ción por el emperador Heraclio del trozo del madero divino robado por el rey de los persas Cosroes, conmemorada en la antigua liturgia el 14 de septiembre. La perduración de la primera fiesta, en la que parece haberse concitado la asimilación de la segunda, es debida, según los autores, a su superior dimensión festera, que ponen en relación con los ritos festivos primaverales, en especial con las mayas, de claro origen pagano. Téngase presente que el interés por la Cruz en la que expiró el Cristo corre paralelo al desinterés por la topografía legendaria de Jerusalén, que sólo se activó en la imaginación de los occidentales a partir del esfuerzo cruzado [3]. De ahí su arraigo iconográfico en el cristianismo.

Por otro lado, el culto de la cruz entre los cristianos reconquistadores, razonan nuestros autores, es asunto que responde no sólo a la confrontación con los musulmanes, sino también a la iconoclastia existente en la comunidad mozárabe que prefería esta representación simbólica más abstracta que las efigies de santos e incluso de Jesucristo mismo. Argumento interesante, gracias al cual podemos entender el lugar que la cruz ocupó en el profetismo mozárabe, fundamento de la reconquista. No obstante, la prueba definitiva habría de vivirla la cruz en su calidad de símbolo enfrentado al Islam, como comprobó en su momento Louis Cardaillac al observar el odio cerval de los moriscos al máximo símbolo del catolicismo, y el empeño contrarreformista por imponerlo en cada uno de los cruces de caminos y plazas de unas ciudades que ya sólo tenía moriscos amenazantes en su imaginario. La cruz ha sido un símbolo sublime que partía el mundo en dos, y que tuvo significados esotéricos y políticos muy claros [4], que hicieron que fuera aceptada en América fácilmente por los indígenas [5], lo que facilitó su consideración como personas por parte de los teólogos, y rechazada por los musulmanes, signo inequívoco de la diabolicidad «mora» [6], y de su exclusión del campo semántico de la alteridad.

3 HALBWACHS, Maurice. *La topographie légendaire des Évangiles en Terre Sainte* (1941). París, PUF, 1971. Prefacio de Fernand Dumont.

4 Según el afamado teórico esoterista René Guénon, «la mayoría de las doctrinas tradicionales simbolizan la realización del 'Hombre Universal' mediante un signo que es en todas partes el mismo (...): el signo de la cruz, que representa muy claramente la manera en que se alcanza esta realización mediante la comunión perfecta de la totalidad de los estados del ser, armónica y conformemente jerarquizados, en una expansión integral en los dos sentidos de la 'amplitud' y la 'exaltación'» (Guénon, René. *El simbolismo de la Cruz*. Palma de Mallorca, Olañeta ed., 2003: 28). A pesar de que Guénon pretende conectar el simbolismo de la Cruz con la tradición hindú y hasta el esoterismo islámico no resulta convincente en este último extremo por la condensación simbólica que la cruz ha producido como emblema de la alteridad negativa para los musulmanes.

5 Al parecer la asimilación de la Cruz en América estuvo facilitada por su presencia como signo cosmológico en las culturas prehispánicas. Vide: Esteva Fabregat, Claudio. «Metáfora y dialéctica de la Cruz en Mesoamérica». In: *El Folklore Andaluz,* 1989, nº4: 139-163.

La topografía de la cruz en Granada, ciudad poblada de imaginarias fantasmagorias islámicas [7], se extendiende por los lugares simbólicamente más necesitados de semantización cristiana. Por ello la información que poseemos es muy superior para el siglo XVII, en la que los cronistas van dando noticia de diversas celebraciones, y menor para el siglo XVIII, donde la fiesta tuvo que decaer dado que como suele ocurrir con todas las celebraciones populares cuando dejan de tener un sentido manifiesto o latente se hieratizan y desaparecen. A falta de «enemigos», puesto que los moriscos ya eran un lejano recordatorio, y con otros nuevos enemigos, los ilustrados, de fuerte componente anticlerical, la fiesta del Corpus Christi, como arguyen los profesores Martínez y Viñes, ocupará el centro de la vida citadina de la Granada dieciochesca, oscureciendo la fiesta de la Cruz.

Será en la segunda mitad del siglo XIX cuando el costumbrismo literario, deudo del tipismo social que había acuñado el majismo, dé lugar a la formulación definitiva y canónica de la fiesta que ha venido repitiéndose como una «invención de la tradición» ya plenamente conseguida hasta nuestros días. Los círculos costumbristas, encabezados por el jefe de bomberos y juez A. J. Afán de Ribera, auspiciador de la tertulia literaria del Carmen de las Tres Estrellas, enclavado en la parte central del castizo barrio del Albayzín, dieron cuenta de una fiesta, que por demás estaba todavía muy extendida por la Andalucía rural y urbana. Prueba de ello son la persistencia actual de las cruces o patios de la capital cordobesa o las cruces de Berrocal en Huelva, reproductoras rituales de tensiones comunales de la vida del pueblo, lo que ha hecho perdurar las fiestas al dotarlas de funcionalidad social [8].

Si el folclore, por regla general, se atrofía y muere cuando no cumple función social alguna, el Día de la Cruz constituye el ejemplo *a contrario* de una fiesta popular moribunda por exceso. El libro de los profesores Martínez y Viñes viene a atestiguar con rigor académico y sabiduría local el tránsito que va de la invención a la plenitud y quiebra final de un rito popular de primavera. Es el suyo un texto necesario, clarificador y de calidad sobrada para los estudios etnográficos locales

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD

6 Sobre la diferente aceptación de la cruz moriscos e indios en el proceso de conquista territorial vide: González Alcantud, J. A. «Entrada y toma: etnología comparativa de la ocupación territorial de América y el reino de Granada». In: Espina barrio, Ángel (ed.) *Antropología en Castilla y León e Iberoamérica, IV. Cronistas de Indias*. Universidad de Salamanca, 2001: 39-50.

7 GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*. Barcelona, Anthropos, 2002.

8 Alberto DEL CAMPO y Ana CORPAS. *El mayo festero. Ritual y religión en el triunfo de la primavera*. Sevilla, Fundación JM Lara, 2005.